

LOS FORAJIDOS DEL MISISIPÍ



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON



ALLAN PINKERTON (Glasgow, Escocia, 1819 - Chicago, 1884)

Allan Pinkerton
LOS FORAJIDOS DEL MISISIPÍ

Traducción de Teresa Lanero



GINGER APE BOOKS&FILMS

Título original: Mississippi outlaws and the detectives (1879)

Autor: Allan Pinkerton

Colección: Thompson&Thompson

TT03-00005-A

Primera edición en Ginger Ape: abril de 2013

© De la presente edición: Ginger Ape Books&Films, S.L.

© De la traducción: Teresa Lanero

© Copyright.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-940146-8-0

Depósito legal: AL-340-2013

BIC: FJW / FFC

Impreso por Masquelibros

Calle Antonio Almendros Soto, s/n

23006 - Jaén

Ginger Ape Books&Films, S.L.

www.gingerapebooks.com · www.facebook.com/gingerapebooks

ÍNDICE

CAPÍTULO I	11
CAPÍTULO II	25
CAPÍTULO III.....	39
CAPÍTULO IV	55
CAPÍTULO V	61
CAPÍTULO VI.....	69
CAPÍTULO VII	83
CAPÍTULO VIII	103
CAPÍTULO IX.....	117
CAPÍTULO X	131
CAPÍTULO XI.....	141
BIOGRAFÍAS.....	153
CÓMIC.....	163

LOS FORAJIDOS DEL MISISIPÍ



CAPÍTULO I

Un atraco temerario al tren expreso. Lllaman al señor Pinkerton. Cañaverales y *comecañas*. Retrasos molestos y detectives aficionados.

Desde que terminó la Guerra de Secesión, los Estados fronterizos del sur han sido escenario de robos importantes y atrevidos. Este hecho se debe en buena medida a la escasa población de algunas regiones, a los disturbios y desórdenes ocasionados por la guerra y al tentador descuido de muchas de las personas encargadas de transportar grandes sumas de dinero a través de sus solitarias e inhóspitas localidades.

Las compañías de transporte han sido siempre el blanco favorito de los asaltos por toda clase de ladrones, desde empleados desfalcadores hasta rateros de poca monta, y entre las investigaciones más difíciles y peligrosas que me han sido asignadas, se encuentran las relacionadas con este tipo de delincuentes. Es probable que nunca se hayan reunido en comunidad civilizada hombres tan temerarios y peligrosos como los que en 1871 me dieron a conocer los dirigentes de la compañía Southern Express de Memphis.

Considero que la exitosa resolución del caso

deriva de la gran valía de las gentes del sur y del oeste. Todo el asunto se llevó a cabo con unos efectivos tan restringidos y bajo unas circunstancias tan adversas que me siento orgulloso de relatar aquí la historia del caso y mi intervención en él. Aunque yo me ocupé de la supervisión general de la operación, fue mi hijo mayor, William A. Pinkerton¹, quien se encargó directamente del asunto; y es a su energía, perseverancia y sagacidad que debe atribuirse nuestro éxito.

A finales de julio de 1871, tres hombres forzaron al mensajero del expreso que unía las localidades de Mobile y Ohio a la altura de Moscow (Kentucky), y sustrajeron de la caja de caudales unos mil setecientos dólares. El robo se llevó a cabo con gran audacia y demostró la presencia de delincuentes experimentados. Las pérdidas no fueron importantes, pero la compañía quiso hacer un esfuerzo por descubrir a los ladrones, al objeto de imponer un severo castigo que sirviera de advertencia a otros delincuentes.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de dos de mis hombres, que fueron enviados de inmediato a la escena del delito, los culpables escaparon por las casi impenetrables ciénagas del río Misisipí, y la persecución tuvo que abandonarse con disgusto, pues era imposible determinar el punto por dónde habían huido o cruzado el río. La cantidad robada no era lo suficientemente elevada como para justificar el gasto de tiempo y dinero necesarios para perseguir a los ladrones, y mis

¹ *Vid.* BIOGRAFÍAS 2 [N. del E.].

hombres fueron retirados de la operación de manera fulminante. No obstante, para evitar la repetición de tales atracos, se colocó a un nuevo hombre en cada furgón de los expresos, a fin de proteger al mensajero regular. Se consideró que dos hombres bien armados serían capaces de salvaguardar a la compañía de nuevas sustracciones, y todo marchó sobre ruedas hasta el día 21 de octubre de 1871. Por entonces, las partidas de dinero enviadas en el expreso eran habitualmente cuantiosas; así que se dio orden a todos los empleados al cuidado de paquetes de efectivo para que extremaran las precauciones.

Sobre las siete y media de la noche, el tren que que se dirigía al norte por la línea Mobile—Ohio se hallaba estacionado en Union City (Tennessee). Por lo general, en ese punto se cruzan los trenes del norte y del sur, y se detienen el tiempo suficiente para comer. El tren que llega primero ocupa el apartadero y se prepara para salir. El sábado 21 de octubre por la tarde, el tren del norte llegó puntual, se detuvo en la estación para permitir a los pasajeros bajar a cenar y, seguidamente, tomó el apartadero a la espera del tren que se dirigía hacia el sur. En cuanto hubo ocupado el apartadero, conductor, maquinista, fogonero, guarda-frenos y mensajero bajaron a cenar, dejando el tren desierto con la sola excepción del guardia de seguridad, llamado George Thompson, y unos cuantos pasajeros. En ese momento, se acercó el agente local del expreso, entregó los paquetes a Thompson, recogió el pertinente

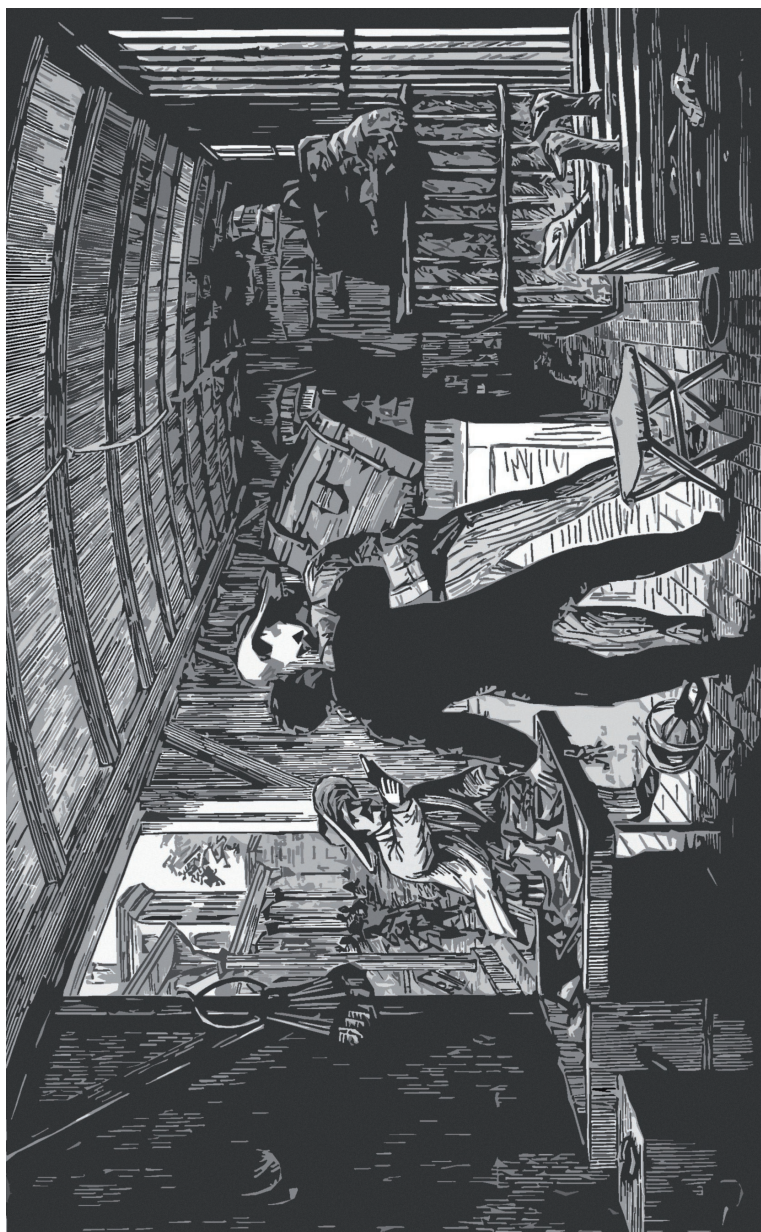
recibo y regresó a la estación. Toda la acción infringía de manera directa las normas de la compañía, que prohibían, entre otras cosas, que el mensajero abandonara el vagón durante el trayecto o se durmiera. También estaba prohibido que el guardia hiciera negocios o tuviera en su poder la llave de seguridad. No obstante, Martin Crowley, el mensajero, había entregado la llave a Thompson para que pudiera atender al agente local mientras salía a cenar. Y tal y como le solicitó este, Crowley envió a un mozo negro al vagón para servirle la cena. Después de entregarle la bandeja, el mozo se marchó. Al darse la vuelta, vio aparecer a dos hombres por la puerta entreabierta del vagón y, casi al instante, el tren empezó a dar marcha atrás. El negro supo de inmediato que algo iba mal y se dirigió presto a la estación para dar la voz de alarma. Pero cuando llegó, el tren retrocedía ya a mucha velocidad y se encontraba a una distancia que no permitía la persecución a pie.

Mientras tanto, el guardia, tras recibir la cena del mozo negro, dio la espalda a la puerta del furgón para dejar la bandeja. Pero antes de llegar a la mesa, oyó un ruido procedente de la puerta y, al girarse, se encontró de frente con dos hombres. Uno de ellos le apuntó a la cabeza con un revólver mientras que el otro le agarró por el cuello. Thompson era joven y, como no estaba acostumbrado a toparse con tipos tan duros, se sentía muy asustado. Entregó enseguida la llave de seguridad y ayudó a uno de los hombres a abrir la caja de caudales. Después de sustraer el dinero de

la caja, uno de los ladrones sacó también el contenido de la cartera de Thompson; pero el otro intervino e insistió en que le devolviera el dinero, como así hizo. No se mantuvo conversación alguna, pero después de registrar la caja de caudales y coger todo el dinero de su interior, uno de los hombres se dirigió a la puerta e hizo oscilar un farol un par de veces. El tren, que había seguido marcha atrás a velocidad moderada, se detuvo entonces, y los dos hombres saltaron, no sin antes ordenar a Thompson que se quedara donde estaba y que continuara en silencio.

Cuando el conductor, el maquinista y el resto del personal a quienes el mozo había dado la voz de alarma llegaron al tren, encontraron que todo estaba en orden, a excepción de la caja de caudales, que el pobre Thompson se afanaba en revisar con la esperanza de que se les hubiera pasado por alto una parte de los fondos. Los hombres habían desaparecido en la espesura, y no se halló rastro alguno de ellos, salvo un pequeño bolso de viaje que contenía patatas y pan en su interior. La cantidad sustraída de la caja de caudales era de unos seis mil dólares en efectivo.

Pese a que enseguida se informó de lo sucedido al señor M. J. O'Brien, el superintendente general de la compañía ferroviaria, no parece que se llevara a cabo actuación alguna hasta el miércoles siguiente —cuatro días después—, cuando el señor O'Brien me envió un breve telegrama comunicándome el robo y pidiéndome que acudiera en persona, siempre que me fuera posi-



ble, a Union City, o si no, que enviara a mi hijo mayor, William A. Pinkerton, a esta localidad. Durante los días que siguieron, el telégrafo se utilizó sin reservas y, mientras mi hijo reunía pistas y hacía los preparativos para partir, supimos por carta la mayor parte de los hechos. William llegó a Union City el sábado, justo una semana después de que se hubiera perpetrado el robo, y al instante comenzó a reunir información de todas las fuentes disponibles. Salvo las declaraciones del mozo negro y de Thompson, el guardia, condenadas en las explicaciones hasta ahora dadas, se obtuvo escasa información, ya que había poca gente en el tren cuando comenzó a moverse. Y aunque dos o tres personas habían visto a los hombres entrando en el vagón, nadie se percató de quién había puesto la locomotora en marcha, así que no se sabía con certeza el número de individuos involucrados en el golpe. Un pasajero había visto a dos hombres caminando de manera sospechosa hacia la máquina, y dado que su descripción era totalmente diferente a la de los dos tipos que habían entrado en el furgón, era de suponer que formaban parte de la banda. Aún así, nadie los había visto subir a la locomotora, y no era seguro que hubieran tenido que ver algo en el asunto. Sea como fuere, al cabo de tres días, William había recopilado información suficiente para estar convencido de que habían participado cuatro o cinco personas en el asunto, y tras cotejar las diversas descripciones obtenidas, pudo hacerse una idea bastante cabal del grupo.

Lo primero que le llamó la atención fue la semejanza entre este robo y el que había tenido lugar justo tres meses antes en Moscow. El aspecto de los hombres y su *modus operandi* eran exactamente iguales a los del grupo de Moscow; era evidente que se habían animado a efectuar un segundo asalto tras comprobar la facilidad con que habían llevado a cabo el primero. Una cosa estaba clara: había que capturar a la banda al completo para garantizar la seguridad de los bienes de la compañía en el futuro.

En efecto, había sido un golpe de suerte que las pérdidas en este caso no fuesen irreparables, pues la cantidad de dinero que transportaba el tren que se dirigía hacia el sur ascendía a ochenta mil dólares, y los ladrones bien podrían haber conseguido esa gran suma si este por casualidad hubiera llegado primero. Era evidente que no se trataba de tipo de atraco que un vulgar vagabundo o un ratero se hubiera atrevido a realizar, y enseguida William supo ver las dificultades del trabajo.

Pero antes de seguir adelante con los detalles de la operación, es preciso dar una idea del territorio y de la gente que en él vive, pues de lo contrario nadie podrá comprender ni la mitad de los obstáculos y peligros que implicó la búsqueda de los criminales en ese entorno.

El suroeste de Kentucky y el noroeste de Tennessee son un sector del país que alterna zonas desoladas con islas de civilización. Este lugar parece haber

sufrido una gran convulsión, pues se halla muy por debajo del nivel general del terreno; tanto, que siempre está hecho un cenagal. La crecida anual de los ríos Ohio y Misisipí deja la región anegada por espacio de muchas millas. Incluso en las temporadas más secas, las ciénagas, los lagos hundidos y los densos cañaverales hacen de este territorio un lugar casi intransitable, salvo para los que están totalmente familiarizados con el terreno.

Los lagos hundidos son, en sí mismos, una curiosidad natural, y pese a que gozan de la atención de la comunidad científica, no se ha encontrado una explicación razonable a los orígenes del fenómeno. En la región abundan la caza y la pesca, por lo que las necesidades vitales se cubren fácilmente. Los cañaverales son unos asombrosos matorrales de caña de bambú que a veces llegan a cubrir franjas de territorio de hasta setenta millas. En primavera, el agua alcanza altura suficiente para que un esquife pueda navegar con total libertad por encima de las cañas. Pero en época seca, los tallos crecen tan próximos unos de otros que el cañaveral se hace impenetrable para hombres y bestias, a no ser que uno serpenteé penosamente alrededor de las masas de cañas y opte por atravesar las zonas de maleza, que son comparativamente menos densas. Buscar a alguien que desee permanecer allí oculto es como el proverbial intento de buscar una aguja en un pajar, pues un hombre puede pasar a diez yardas de otro sin ver o advertir su presencia. Los únicos caminos que

atraviesan estos lugares son meras cañadas para el ganado, que no empiezan en ningún sitio ni conducen a ninguna parte. A menos que un hombre esté muy familiarizado con la zona, jamás sabrá adónde lleva alguno de estos senderos.

Las gentes que habitan las inmediaciones de ciudades como Hickman, Union City, Dyersburg y Moscow es respetable y bien educada. Pero las personas de las zonas bajas y pantanosas, que viven en los cañaverales y a lo largo del río, no son, por regla general, de agradable convivencia. Por supuesto que aquí, como en cualquier otro lugar, hay hombres inteligentes, honorables y dignos de confianza, pero la mayor parte de los habitantes del cañaveral son ignorantes y salvajes. El término con que denominan a sus reses es también muy apropiado para designarlos: *comecañas*. Allí es costumbre llevar al ganado a pastar al cañaveral cuando aún es joven y tierno; pero como la cantidad de alimento que obtienen no es mucha, las bestias *comecañas* se parecen tan poco a las reses alimentadas con grano como las gentes del entorno a los residentes de las comunidades prósperas, saludables y educadas.

La mayor parte de la población puede ser catalogada como *blanca y pobre* y constituye una variedad peculiar de la especie humana. Los hombres son altos, de articulaciones flexibles y dispépticos. Guardan gran parecido con los cultivos vegetales de los alrededores, pues son de crecimiento rápido, prolíficos y, por lo general, inútiles. Su educación se centra fundamental-

mente en la artesanía de la madera y el tiro con rifle; su destreza en ambas materias es en ocasiones asombrosa, y con frecuencia se dice de sus cazadores más expertos que parecen haber nacido con una escopeta o un rifle en las manos. No poseen ningún otro talento, salvo en los raros casos en que han aprendido de los negros alguna melodía con el banyo. Sus gustos son escasos y simples: tienen por todo lujo y necesidad el whisky, el tabaco rapé, la carne de cerdo y el maíz molido. Esto es, el whisky y el rapé son necesarios; el resto son secundarios. Cuando se encuentran sobrios son sinceros, toscos y valientes; pero incluso entonces, hay pocas cosas en ellos que provoquen sentimientos distintos al rechazo o la lástima. Sin embargo, cuando están hasta arriba de mal whisky, tienden a volverse pendencieros y crueles, por lo que nadie se siente seguro en su compañía. Una afrenta, real o imaginaria, es razón suficiente para causar un derramamiento de sangre, aunque para ello el ofendido deba preparar una emboscada a su enemigo, desde algún lugar oculto del camino, cuando este regresa a su casa.

Todos los hombres van armados y, aunque es raro que haya altercados a plena luz del día, no son infrecuentes los asesinatos a sangre fría. Rara vez se invoca la ley para resolver las diferencias personales y, de hecho, las funciones de las autoridades legales son en la práctica muy limitadas. Si un juez forense examina alguna vez un cadáver, se sobreentiende que cumple con su deber emitiendo un dictamen que declare que

«el difunto falleció a manos de una o varias personas desconocidas».

Las mujeres, al igual que los hombres, son altas, delgadas y de hombros caídos. En ocasiones, son muy guapas hasta los dieciséis años, aunque siempre cetrinas y como carentes de vida. Después, se tornan flacas, demacradas y amarillas. El whisky también tiene encanto para ellas, pero su vicio favorito es mascar tabaco. Se casan muy pronto y tienen hijos prácticamente cada año, así que algunas de estas familias del oeste de Tennessee son a veces muy numerosas. El padre ejerce el control patriarcal sobre los miembros de la familia hasta que las hijas se casan y los hijos son lo suficientemente mayores y fuertes como para contravenir la autoridad paterna impuesta con vara de nogal. La mujer nunca se libra de la aplicación de este potente instrumento de disciplina marital. De hecho, si el marido no la usara con frecuencia para enmendar a su señora, seguramente vería como su diligente esposa empieza a utilizarla contra él.

A lo largo de toda la región, la gente padece fiebres y calenturas nueve meses al año y la dispepsia parece ser hereditaria. Sin embargo, sus médicos generalmente no requieren más educación que la necesaria para atender fracturas de extremidades y heridas provocadas por bala; toda su formación en medicina se limita a tres elementos: quinina, calomelanos y whisky.

Como ya se apuntó, debe entenderse que la descripción precedente es solo aplicable a la mayoría

de los habitantes de las tierras pantanosas y no a los residentes de las ciudades y sus alrededores. Incluso en la tierra de los cañaverales puede en ocasiones encontrarse a gente con educación, capacidad y buen carácter. William quedó muy agradecido a varios de ellos por su ayuda e información.

También hay un rasgo que salva el carácter de la población *comecañas*: en su mayoría son honrados y harían todo lo posible por acabar con una banda de ladrones, aunque para ello tuvieran que ahorcar a varios de sus miembros como advertencia para el resto. En consecuencia, se podía confiar en ellos hasta un cierto punto, aunque el miedo que sentían hacia esta panda de malhechores les hiciese mantener sus impulsos naturales de honradez.

William estaba familiarizado a la perfección con el carácter de la gente y era consciente de que tenía por delante una ardua labor, sobre todo porque no se le habían asignado otros detectives de la agencia para su asistencia, pues era deseo expreso de la compañía que la operación se desarrollase del modo más económico posible. Entre la gran cantidad de hombres que trabajaban de manera directa para la compañía, había dos o tres personas con buena voluntad, pero la mayoría eran poco menos que inútiles, y finalmente, los gastos del caso resultaron ser mucho más elevados que si solo se hubiera contratado a mis hombres. Por tanto, amén de que William debía trabajar continuamente con desconocidos, se veía acosado por un gran número de

detectives aficionados, y lo que es peor, con demasiada frecuencia los directivos de la compañía prestaban oídos a sus historias. En efecto, todos los empleados de mensajería de Tennessee, Kentucky y Misuri parecían convencidos de tener un talento natural para el trabajo de detective y fueron muchos los engorrosos retrasos ocasionados por sus intromisiones.